

El secreto es contar

BRUNO FERRERO

Los padres no tienen que esperar que sus hijos "calcen 39" para que les pregunten sobre los acontecimientos del mundo. Obsesionados por los préstamos, los buenos resultados y la visibilidad de las cosas cumplidas, muchos padres terminan prestando atención sólo al lado "luminoso" de sus hijos: al niño que duerme, al que come, al que trabaja y al que se instruye. ¿Y el niño "secreto", el que sueña, el que piensa y el que sufre? Muy a menudo es olvidado.

Preguntar sin curiosidad ni intromisión

Este silencio es culpable. Pero, muchas veces, el interrogatorio es peor: "¿Qué hiciste en la escuela?". O, "Tesoro, ¿cómo pasaste el día?". O el inevitable: "¿Sacaste una buena nota?". Y más, si es seguido por "¡ordena tu habitación!, ¡lávate los dientes!, ¡come las verduras!, ¡apúrate!"... Muchas veces, el resultado es engañoso. Los niños detestan la intromisión y la curiosidad de los adultos. Se cierran en su mutismo o dan lugar a un suspiro emitido con aire de aburrimiento: "Basta de preguntas", "déjenme en paz"...

La intención de los padres y madres es buena. Saben que las ortigas del mundo pican también a sus hijos, y que no pueden extirpar del planeta todas las espinas que pueden herirlos. Entonces, ¿no es posible hablarles de la muerte, de la sexualidad, de la amistad, del dinero, de la tristeza,



Los niños y niñas necesitan que alguien les diga cómo afrontar los peligros.

de la angustia, de la soledad, del divorcio, de los conflictos? ¿Cómo se puede decirles que la noche no es tan oscura, que las pesadillas no son inevitables y que los adultos pueden tener gestos inoportunos?

Refiriéndose a la edad que va de los ocho a los doce años, los especialistas hablan del "período de latencia". Es un momento muy particular. Los "ex pequeños" ya interiorizaron las prohibiciones. No protestan más, no lloran más, no tienen más crisis. Se adaptaron a todo: al padre que llega tarde a casa, a la madre que no tiene tiempo para responder sus preguntas, y al ritmo impuesto en la escuela que no siempre es el más adecuado.

Es importante no entretener a los niños y niñas en el mundo infantil, pero tampoco hay que dejar que se precipiten en los problemas de la adolescencia sin que hayan hecho asomar las grandes preguntas. Los niños tienen dificultades para hablar de sus problemas, porque temen herir a sus padres. Prefieren

decir que tienen un gran "dolor de barriga", antes que decir que en la escuela fueron atacados por un grupo de malos compañeros o que tuvieron dificultades con alguno de ellos. Ante lo que no puede ser dicho, ante la angustia y la cólera, aparecen las historias. Las historias que, como dijo Bettelheim, serán "una excusa para salir". Y por lo tanto, para crecer.

Contar historias...

Los niños y niñas necesitan que alguien les diga cómo afrontar los peligros, cómo reaccionar ante las amenazas, cómo encontrar la normalidad en medio de tanta confusión. Necesitan saber cómo se tienen que comportar ante los errores e injusticias. Con la fuerza del "transfert poético" y la toma de distancia, la historia habla al niño de otro yo: de un personaje que no lo angustia y lo empuja a hablar.

¿Tienen la sensación de que su hijo está triste o deprimido? Comiencen con "había una vez"... Es una toma de distancia en el tiempo que quita

BSCAM



BSCAM

la angustia y ayuda a abrirse. De hecho, el personaje -sea un conejito o un ratoncito, un principito o un hada- es él y otro. Cuando el niño siente contar la historia de la princesita que se encerró en el castillo porque estaba triste, se queda tranquilo y se serena, porque siente que todo ocurrió muy lejos y hace mucho tiempo. La distancia aleja la angustia. Si le cuentan la historia de un niño intimidado por malos compañeros, quizás dirá: "Mamá, esta historia me recuerda que...". De la boca del adulto al oído del niño, los cuentos son las primeras confidencias filosóficas. De esta manera, por primera vez, el niño experimenta lo universal y supera las estrechas fronteras del yo. Se inquieta con Cenicienta, tiembla con Blanca Nieves, llora escuchando la historia de la Pequeña Incendiaria, que habla también de Dios y del más allá.

Contar cuentos permite construir con sencillez y cercanía un patrimonio de valores, que de otro modo se

habría transmitido de una manera muy complicada y, probablemente, árida. Todo cuento es un traslado de sensaciones, ideas y vivencias, que alimenta la fantasía y la afectividad y provoca movimientos de identificación que ayudan a percibirse como protagonistas más que como espectadores de la vida. Ayuda a comprender que la existencia es un continuo "hacerse", la concreción de un proyecto que tiene sus ritmos evolutivos y sus etapas.

Las historias crean relaciones nuevas, superan el aislamiento, rompen el esquema de lo inmediato y lo cotidiano, enseñan la importancia de sufrir y soportar frustraciones para alcanzar una meta; pero, sobre todo, son una poderosa forma de comunicación entre adultos y niños. Cuando un adulto y un niño miran juntos una película o un dibujo animado están sentados uno junto al otro: están cercanos, pero no se miran. Cuando se cuenta, se miran a los ojos. Cuando un "grande" cuenta o lee una historia, inme-

diatamente crea una atmósfera de complicidad. El niño se siente protegido y seguro. Hay comunicación. La presencia física, la voz y la expresión del narrador, y las reacciones y comentarios del que escucha crean un clima diverso del que se crea frente a una pantalla. Hay más vida. Más compartir. El narrador puede darle al texto emoción, misterio, énfasis, ironía... y entrando en sintonía con el escucha, puede modificar algún pasaje o dejar que él decida cómo va a terminar. Con frecuencia, el que narra es más importante que la historia. Las historias contadas por un papá, por ejemplo, serán inolvidables. Y así como el silencio más intenso que se da en la familia se refiere a Dios y al problema religioso, las historias más bellas que los padres y madres pueden contar a los hijos e hijas son las de la Biblia. La mejor ayuda en este campo es "Cuenta la Biblia a tus hijos e hijas", un libro escrito por dos abuelos. Quien lo ha probado sabe que es una sorpresa agradable.

